

*rint; quod idem ac diversum, unum ac non unum, non solum numero, sed etiam specie sit: imo audiendum, ut etiam ipsis asinis (qui tamen omnium brutorum stupidissimi viscentur) nec inesse natura dicam.*

Esto mismo quiso sentir Aristóteles cuando preguntó qué es la causa que el hombre es el más prudente de todos los animales. Y en otra parte torna á preguntar qué es la razon que el hombre es el más injusto de todos los animales; por donde da á entender lo mismo que dice Galeno: que la diferencia que hay del hombre al bruto animal, es la misma que se halla entre el hombre necio y el sabio, no más de por intension. Ello cierto no hay que dudar sino que los brutos animales tienen memoria, imaginativa y otra potencia que parece al entendimiento, como la mona retrae al hombre; y que su ánima se aproveche de la compostura del cerebro, es cosa muy cierta. La cual, siendo buena y tal cual conviene, hace sus obras muy bien y con mucha prudencia; y si el cerebro está mal organizado, las yerra.

Y así vemos que hay asnos, que lo son propiamente en el saber, y otros se hallan tan agudos y tan maliciosos, que pasan de su especie. Y entre los caballos se hallan muchas ruindades y virtudes, y unos más disciplinables que otros; todo lo cual acontece por tener bien ó mal organizado el cerebro.

La razon y solucion de esta duda daremos luégo en el capítulo que se sigue, porque allí se torna á tocar esta materia. Otras partes hay en el cuerpo, de cuyo temperamento depende tanto el ingenio como del cerebro, de las cuales dirémos en el postrero capítulo de esta obra; pero fuera de ella y del cerebro, hay otra sustancia en el cuerpo, de quien se aprovecha el ánima racional en sus obras. Y así pide las tres postreras calidades, como el cerebro, que son cantidad suficiente, delicada sustancia y buen temperamento. Estos son los espíritus vitales y sangre arterial, los cuales andan vagando por todo el cuerpo, y están siempre asidos de la imaginacion y siguen su contemplacion. El oficio de esta sustancia espiritual es despertar las potencias del hombre y darles fuerza y vigor para que puedan obrar. Conócese claramente ser éste su uso, considerando los movimientos de la imaginativa y lo que sucede despues en la obra, porque si el hombre se pone á imaginar en alguna afrenta que le han hecho, luégo acude la sangre arterial al corazon y despierta la irascible y le da calor y fuerzas para vengarse.

Si el hombre está contemplando en alguna mujer hermosa, ó está dando y tomando con la imaginacion en el acto venéreo, luégo acuden estos espíritus vitales á los miembros genitales y los levantan para la obra; lo mismo acontece cuando se nos acuerda de algun manjar delicado y sabroso, luégo desamparan todo el cuerpo, y acuden al estómago ó hinchen la boca de agua; y es tan veloz su movimiento, que si alguna mujer preñada tiene antojo de cualquier manjar y está siempre imaginando en él, vemos por experiencia que viene á mover si de presto no se le dan. Y la razon natural de esto es, que estos espíritus vitales, antes que el antojo sobreviniere estaban en el vientre,

ayudándole á tener la criatura, y con la nueva imaginacion del manjar, viénense al estómago á levantar el apetito; en el ínterin, si el útero no tiene fuerza retentiva, no la puede sustentar, y así por esta via la viene á mover. Entendiendo Galeno (1. Aph., coment. 7) la condicion de estos espíritus vitales, aconseja á los médicos que no den de comer á los enfermos estando los humores crudos y por cocer; porque luégo, como sienten que hay manjar en el estómago, de improviso dejan lo que están haciendo y se vienen á él para ayudarle. Este mismo beneficio y ayuda recibe el cerebro de estos espíritus vitales, cuando el ánima racional quiere contemplar, entender, imaginar y hacer actos de memoria, sin los cuales no puede obrar; y de la manera que la sustancia gruesa del cerebro y su mal temperamento echan á perder el ingenio, así los espíritus vitales y sangre arterial (no siendo delicados y de buen temperamento) impiden al hombre su discurso y raciocinio. Por esto dijo Platon (*Diálogo de ciencia*) que la blandura y buen temperamento del corazon hace el ingenio agudo y perspicaz; habiendo probado atras que el cerebro, y no el corazon, era el asiento principal del alma racional; y es la razon, que estos espíritus vitales se engendran en el corazon, y tal sustancia y temperamento toman, cual le tenía el que los formó.

De esta sangre arterial se entiende lo que dijo Aristóteles (Lib. II *De partibus animalium*) estar bien compuestos los hombres que tienen la sangre caliente, delicada y pura, porque juntamente son buenas fuerzas corporales y de ingenio muy acendrado. A estos espíritus vitales llaman los médicos (Hipócrates, Aph. 2) naturaleza, porque son el instrumento principal con que el alma racional hace sus obras; y de éstos tambien se puede verificar aquella sentencia: *Natura facit habilem.*

#### CAPÍTULO VII (1).

Donde se prueba que del alma vegetativa, sensitiva y racional, son sábias, sin ser enseñadas de nadie, teniendo el temperamento conveniente que piden sus obras.

Tiene tanta fuerza el temperamento de las cuatro calidades primeras, á quien atras llamamos naturaleza, para que las plantas, los brutos animales y el hombre acierten á hacer cada cual las obras que son propias de su especie, que si llega á estar en el punto perfecto que puede tener, repentinamente y sin que nadie les enseñe, saben las plantas formar raíces en la tierra, y por ellas traer el alimento, retenerle, cocerlo, y expeler los excrementos; y los brutos conocen luégo, en naciendo, lo que es conveniente á su naturaleza, y luyen de lo que es malo y nocivo. Y lo que más viene á espantar á los que no saben filosofía natural es, que el hombre, teniendo el cerebro bien templado y con la disposicion que alguna ciencia ha menester, repentinamente, y sin jamas haberla aprendido de nadie, dice y habla en ella cosas tan delicadas, que no se pueden creer. Los filósofos vulgares, viendo las obras maravillosas que hacen los brutos animales, dicen que no

(1) Cuarto de la primera edicion.

hay que espantar, porque lo hacen con instinto de naturaleza, la cual muestra y enseña á cada uno en su especie lo que ha de hacer. Y en esto dicen muy bien, porque ya hemos dicho y probado que naturaleza no es otra cosa más que el temperamento de las cuatro calidades primeras, y que éste es el maestro que enseña á las ánimas cómo han de obrar; pero ellos llaman instinto de naturaleza á cierta maraña de cosas que suben de las tejas arriba, y jamas lo han podido explicar ni dar á entender. Los graves filósofos (como son Hipócrates, Platon y Aristóteles) reducen todas estas obras maravillosas al calor, frialdad, humedad y sequedad; y esto toman por primer principio, y no pasan de aquí; y preguntando quién enseñó á los brutos animales hacer las obras que nos espantan y á los hombres raciocinar, responde Hipócrates (lib. *De alimento*): *Natura omnium sine doctore.* Como si dijera: las facultades ó el temperamento en que consisten, todas son sábias, sin haberlo aprendido de nadie. Lo cual parece muy claro, considerando las obras del ánima vegetativa y de todas las demas que gobiernan al hombre; que si tiene un pedazo de simiente humana con buena temperatura, bien cocida y sazónada, hace un cuerpo tan bien organizado y hermoso, que todos los entalladores del mundo no lo sabrian contrahacer. En tanto que admirado Galeno (1) de ver una fábrica tan maravillosa, el número de partes, el asiento y figura, el uso y oficio de cada una de por sí, vino á decir que no era posible que el ánima vegetativa ni el temperamento supiese hacer una obra tan extraña, sino que el autor de ella era Dios ó alguna inteligencia muy sabia; pero esta manera de hablar ya la dejamos reprobada atras, porque á los filósofos naturales no les está bien reducir los efectos inmediatamente á Dios, dejando por contar las causas intermedias; mayormente en este caso, donde vemos por experiencia que si la simiente humana es de mala sustancia, y no tiene el temperamento que conviene, hace el ánima vegetativa mil disparates; porque, si es fria y húmeda más de lo que es menester, dice Hipócrates (2) que salen los hombres eunucos ó hermafroditas; y si es muy caliente ó seca, dice Aristóteles que los hace hocicudos, palitueros y las narices remachadas, como son los de Etiopia; y si es húmeda, dice el mismo Galeno (3) que salen largos y desvaídos; y siendo seca, nacen pequeños de cuerpo. Todo lo cual es gran fealdad en la especie humana; y de tales obras no hay que loar á naturaleza ni tenerla por sabia; y si Dios fuera el autor, ninguna de estas calidades le podría estorbar. Solos los primeros hombres que hubo en el mundo dice Platon (4) que los hizo Dios; pero los demas nacieron por el discurso de las causas segundas, las cuales, si están bien ordenadas, hace el ánima vegetativa muy bien sus obras, y si no concurren como conviene, produce mil disparates. Cuál sea el buen orden de naturaleza para este efecto es tener el ánima vegetativa buen temperamento. Y si no, responda Galeno y todos los filósofos del mundo,

(1) Lib. *De partium formatione.*

(2) Lib. *De acre locis et aquis.*

(3) Lib. *De optima corp. constit.*

(4) *Dialog. de nat.*

¿qué es la razon que en el ánima vegetativa tiene tanto saber y poder en la primera edad del hombre, en formar el cuerpo, aumentarle y nutrirle, y venida la vejez, no lo puede hacer? ¿Por qué si al viejo se le cae una muela, no hay remedio de tornarle á nacer, y si al muchacho le faltan todas, vemos que naturaleza las torna á hacer? Pues ¿es posible que una ánima que no ha hecho otra cosa en todo el discurso de la vida, sino traer el manjar, retenerle, cocerlo, y expeler los excrementos, y reengendrar las partes que faltan, que al cabo de la vida se le haya olvidado, y que no lo puede hacer? Ciertamente es que responderá Galeno que ser sabia y poderosa el ánima respectiva en la niñez, que nace de tener mucho calor y humedad natural; y en la vejez no lo puede hacer ni sabe, por la mucha frialdad y sequedad que tiene el cuerpo en esta edad. Tambien la sabiduría del ánima sensitiva depende del temperamento del cerebro; porque si es tal cual sus obras le piden y han menester, las acierta muy bien á hacer; si no, tambien las yerra como el ánima vegetativa. El medio que tuvo Galeno (5) para contemplar y conocer por vista de ojos la sabiduría del ánima sensitiva fué tomar un cabrito luégo en naciendo, el cual puesto en el suelo comenzó á andar, como si le hubieran enseñado y dicho que las piernas se habian hecho para tal uso, y tras esto se sacudió de la humedad superflua que sacó de la madre, y alcanzando el pié, se rascó tras la oreja, y poniéndole muchas escudillas delante con vino, agua, vinagre, aceite y leche, despues de haberlas olido todas, de sola la leche comió. Lo cual visto por muchos filósofos, que á la sazón se hallaron presentes, á voces dijeron: «Gran razon tuvo Hipócrates en decir que las ánimas eran sábias sin haber tenido maestro.» Y no sólo se contentó Galeno con esto, pero pasados dos meses, lo sacó al campo muerto de hambre; y oliendo muchas yerbas, de solas aquellas comió que las cabras suelen pacer. Pero si como Galeno se puso á contemplar las obras de este cabrito, lo hiciera en tres ó cuatro juntos, viera que unos andaban mejor que otros, se sacudían mejor, se rascaban mejor, y hacian más bien hechas las obras que hemos contado. Y si Galeno criara dos potros hijos de unos mismos padres, viera que el uno se hollaba con más gracia y douaire, corria y paraba mejor y tenía más fidelidad. Y si tomara un nido de halcones y los criara, hallara que el primero era gran volador, el segundo gran cazador, y el tercero goioso y de malas costumbres.

Lo mismo hallara en los podencos y galgos, que siendo hijos de unos mismos padres, al uno no le falta más de hablar en la caza, al otro no le imprime más que si fuera mastin de ganado.

Todo esto no se puede reducir á aquellos vanos instintos de naturaleza que fingen los filósofos, porque preguntado por qué razon el perro tiene más instinto que el otro, siendo ambos de una misma especie, hijos de un mismo padre, yo no sé qué podrán responder, sino es acudir luégo á su bordon, diciendo que Dios le enseñó al uno más que al otro, y le dió más instinto natural. Y tornádoles á preguntar qué es la causa,

(5) Lib. VI *De locis affectis.*

que este buen perro, siendo mozo es muy gran cazador, y venida la vejez no tiene tanta habilidad, y por lo contrario, de mozo no sabe cazar, y de viejo ser astuto y mañoso, no sé qué puedan responder; yo á lo ménos diría que ser el perro más hábil para la caza que el otro nace de tener mejor temperamento en el cerebro, y otras veces cazar bien de mozo y no poderlo hacer de viejo, que proviene en la una edad tiene el temperamento que requieren las habilidades de la caza, y en la otra no.

De donde se infiere que pues la temperatura de las cuatro calidades primeras es la razon y causa por donde un bruto animal hace mejor obras de su especie que otro, que el temperamento es el maestro que enseña al ánima sensitiva lo que ha de hacer. Y si Galeno considerara las sendas y caminos de la hormiga, y contemplara su prudencia, su misericordia, su justicia y gobernacion, se le acabara el juicio viendo un animal tan pequeño con tanta sabiduría, sin tener preceptor ni maestro que le enseñe; pero sabida la temperatura que la hormiga (1) tiene en su cerebro, y viendo cuán apropiada es para sabiduría, como adelante se mostrará, cesará el admiracion, y entenderemos que los brutos animales, con el temperamento de su cerebro y con las fantasmas que les entran por los cinco sentidos, hacen los discursos y habilidades que les notamos. Y entre los animales de una misma especie, el que fuere más disciplinable é ingenioso nace de tener el cerebro más bien templado. Y si por alguna ocasion ó enfermedad se le alterase el buen temperamento del cerebro, perdería luego la prudencia y habilidad, como lo hace el hombre.

Del ánima racional es ahora la dificultad cómo ella tambien tiene este instinto natural para las obras de su especie (que son sabiduría y prudencia), y cómo de repente, por razon del buen temperamento, puede saber el hombre las ciencias sin haberlas oído de nadie; pues nos muestra la experiencia, si no se aprenden, ninguno nace con ellas.

Entre Platon y Aristóteles hay una cuestion muy reñida sobre averiguar la razon y causa de donde puede nacer la sabiduría del hombre.

El uno dice que nuestra ánima racional es más antigua que el cuerpo, porque ántes que naturaleza le organizase, estaba ya ella en el cielo en compañía de Dios, de donde salió llena de ciencia y sabiduría; pero entrando á formar la materia, por el mal temperamento que en ella halló, las perdió todas, hasta que andando el tiempo se vino á enmendar la mala temperatura, y sucedió otra en su lugar; con la cual, por ser acomodada á las ciencias que perdió, poco á poco vino á acordarse de lo que ya tenía olvidado.

Esta opinion es falsa, y espántome yo de Platon (2),

(1) *Vade ad formicam, oh piger, et considera viam ejus, et disce sapientiam que cum non habeat ducem neque præceptorem præparat in aestate cibum sibi et congregat in messe quod comedat.* (Proverb., cap. vi.) Un cazador me afirmó con juramento que tuvo un halcón habilísimo en la caza, y que se le tornó loco, para cuyo remedio le dió un boton de fuego en la cabeza, y sanó.

(2) Platon tomó de la divina Escritura las mejores sentencias que hay en sus obras; por las cuales fué dicho divino.

siendo tan gran filósofo, que no supiese dar razon de la sabiduría humana, viendo que los brutos animales tienen sus prudencias y habilidades naturales, sin que su alma salga del cuerpo ni vaya al cielo á emprenderlas, por donde no carece de culpa, habiendo leído en el Génesis, á quien tanto crédito daba, que Dios organizó primero el cuerpo de Adán ántes que criase el ánima. Esto mismo acontece ahora, salvo que naturaleza engendra el cuerpo, y en la última disposicion cria Dios el ánima en el mismo cuerpo sin estar fuera del tiempo ni momento.

Aristóteles (3) echó por otro camino, diciendo: *Omnis doctrina, omnique ex præxistenti sit cognitione.* Como si dijera: todo cuanto saben y aprenden los hombres nace de haberlo oído, visto, oído, gustado y palpado; porque ninguna noticia puede haber en el entendimiento, que no haya pasado primero por alguno de los cinco sentidos y así dijo que estas potencias salen de las manos de naturaleza como una tabla rasa, donde no hay pintura ninguna; la cual opinion tambien es falsa, como la de Platon, y para que mejor lo podamos dar á entender y probar, es menester convenir primero con los filósofos vulgares que en el cuerpo humano no hay más que un ánima, y ésta es la racional, la cual es principio de todo cuanto hacemos y obramos, puesto caso que hay opiniones, y no falta en contrario quien defienda que en compañía del ánima racional hay otras dos ó tres (4). Siendo, pues, así en las obras que hace el ánima racional como vegetativa, ya hemos probado que sabe formar al hombre y darle la figura que ha de tener, y sabe traer alimento, retenerle, cocerle, y expeler los excrementos, y si alguna parte falta en el cuerpo, la sabe rehacer de nuevo, y darle la compostura que ha de tener conforme al uso. Y en las obras de sensitiva y motiva, sabe luego el niño, en naciendo, mamar y menear los labios para sacar la leche, y con tal maña, que ningun hombre, por sabio que sea, lo acertaria á hacer. Y con esto atina á las calidades que conviene á la conservacion de su naturaleza, y huye de lo que es nocivo y dañoso; sabe llorar y reir sin haberlo aprendido de nadie; y si no, digan los filósofos vulgares quién enseñó á los niños á hacer esas obras y por qué sentido les vino; bien sé que responderán que Dios les dió aquel instinto natural, como los brutos animales (5), en lo cual no dicen mal si el instinto natural es lo mismo que el temperamento.

Las obras propias del ánima racional, que son entender, imaginar y hacer actos de memoria, no las puede el hombre hacer luego en naciendo, porque el temperamento de la niñez es muy desconveniente para ellas, y muy apropiado para la vegetativa y sensitiva, como el de la vejez, que es apropiado para el ánima racional, y malo para la vegetativa y sensitiva, y si como el temperamento que sirve á la prudencia se adquiere poco á poco en el cerebro, se pudiera juntar todo de repente, de improviso supiera el hombre discurrir y

(3) Lib. 1. De posterio irresolut., cap. 1.

(4) Platon pone tres ánimas en el hombre. (*Dialog. de nat.*)

(5) Mejor respondió Hipócrates diciendo: *Erudita natura est recte facere, licet non didicerit.* (Lib. De alimento, etc. *Epid.*, p. 5, com. 2.)

filosofar mejor que si en las escuelas lo hubiera aprendido, pero como naturaleza no lo puede hacer sino por discurso de tiempo, así va el hombre adquiriendo poco á poco la sabiduría. Y que sea ésta la razon y causa, pruébase claramente considerando que despues de ser un hombre muy sabio viene poco á poco á hacerse necio, por ir cada día hácia la edad decrepita, adquiriendo otro temperamento contrario.

Yo para mí tengo entendido que si como naturaleza hace al hombre de simiente caliente y húmeda (que es el temperamento que enseña á la vegetativa y sensitiva lo que ha de hacer (1), le formara de simiente fria y seca, que en naciendo supiera luego discurrir y raciocinar, y no atinara á mamar, por ser esta temperatura desconveniente á tales obras; pero para que se entienda por experiencia que si el cerebro tiene el temperamento que piden las ciencias naturales, no es menester maestro que nos enseñe, es necesario advertir en una cosa que acontece cada día, y es, que si el hombre cae en alguna enfermedad, por la cual el cerebro de repente muda su temperatura (como es la manía, melancolía y frenesía), en un momento acontece perder (si es prudente) cuanto sabe, y dice mil disparates; y si es necio, adquiere más ingenio y habilidad que ántes tenía. De un rústico Labrador sabré yo decir que estando frenético, hizo delante de mí un razonamiento encomendando á los circunstantes su salud, y que miraran por sus hijos y mujer (si de aquella enfermedad fuese Dios servido llevarle), con tantos lugares retóricos, con tanta elegancia y policía de vocablos como Ciceron lo podia hacer delante el Senado; de lo cual admirados los circunstantes, me preguntaron de dónde podia venir tanta elocuencia y sabiduría á un hombre que estando en sanidad no sabia hablar, y acuérdomeme que respondí que la oratoria es una ciencia que nace de cierto punto de calor, y que este rústico Labrador le tenia ya por razon de la enfermedad (2).

De otro frenético podré tambien afirmar que en más de ocho dias jamas habló palabra que no le buscase luego consonante, las más veces hacia una copla redondilla muy bien formada; y espantados los circunstantes de oír hablar en verso á un hombre que en sanidad jamas lo supo hacer, dije que raras veces acontecia ser poeta en la frenesía el que lo era en la sanidad, porque el temperamento que el cerebro tiene, estando el hombre sano, con el cual es poeta, ordinariamente se ha de desbaratar en la enfermedad y hacer obras contrarias. Acuérdomeme que la mujer de este frenético y una hermana suya (que se llamaba María García) le reprendian porque decía mal de los santos. De lo cual enojado el paciente, dijo á su mujer de esta manera: «Pues reniego de Dios, por amor de vos, y de santa María, por amor de María García, y

(1) La simiente y la sangre menstrual, que son dos principios materiales de que nos formamos, son calientes y húmedos, por la cual temperatura son los niños. (Galeno, lib. 1, *De faenelat tuenda.*)

(2) Cuando el cerebro se pone caliente en el primer grado, se hace el hombre elocuente y se le ofrecen muchas cosas que decir: así todos los callados son frios de cerebro, y los habladores calientes.

de san Pedro, por amor de san Juan de Olmedo.» Y así fué discurriendo por muchos santos que hacian consonancia con los demas circunstantes que allí estaban (3).

Pero esto es cifra y caso de poco momento respecto de las delicadezas que dijo un paje de un grande de estos reinos estando maniaco, el cual era tenido en sanidad por mozo de poco ingenio, pero caído en la enfermedad eran tantas las gracias que decía, los apodos, las respuestas que daba á lo que le preguntaban, las trazas que fingia para gobernar un reino (del cual se tenía por señor), que por maravilla le venian gentes á ver y oír, y el propio señor jamas se quitaba de la cabecera rogando á Dios que no sanase; lo cual se apareció despues muy claro porque, librado el paje de esta enfermedad, se fué el médico que le curaba á despedir del señor, con ánimo de recibir algun galardón ó buenas palabras; pero él le dijo de esta manera: «Yo os doy mi palabra (señor doctor) que de ningun mal suceso he recibido jamas tanta pena como de ver á este paje sano, porque tan avisada locura no era razon trocarla por un juicio tan torpe como á éste le queda en sanidad: paréceme que de acuerdo y avisado lo habeis tornado necio, que es la mayor miseria que á un hombre puede acontecer.» El pobre médico, viendo cuán mal agradecida era su cura, se fué á despedir del paje, y en la última conclusion de muchas cosas que habian tratado, dijo el paje: «Señor doctor, yo os beso las manos por tan gran merced como me habeis hecho en haberme vuelto mi juicio; pero os doy mi palabra, á fe de quien soy, que en alguna manera me pesa de haber sanado, porque estando en mi locura vivia en las más alta consideracion del mundo, y me fingia tan gran señor, que no habia rey en la tierra que no fuese mi feudatario, y que fuese burla y mentira, ¿qué importaba, pues gustaba tanto de ello como si fuera verdad? harto peor es ahora que me hallo de veras que soy un pobre paje, y que mañana tengo de comenzar á servir á quien estando en mi enfermedad no lo recibiera por mí lacayo (4).» Todo esto no es mucho que lo reciban los filósofos y crean que pudo ser así; pero si yo les afirmase ahora por historias muy verdaderas que algunos hombres ignorantes (padeciendo esta enfermedad) hablaban en latin, sin haberlo en sanidad aprendido, y de una mujer frenética que decía á cada persona de los que la entraban á visitar sus virtudes y vicios; algunas veces acertaba con la certidumbre que suelen los que hablan por conjeturas y por indicios, y por esto ninguno la osaba ya entrar á ver, temiendo las verdades que decía, y lo que más causó admiracion fué que estándola el barbero sangrando le dijo: «Mirad, Fulano, lo que haceis, porque teneis muy pocos dias de vida, y vuestra mujer se ha de casar con Fulano; y aunque acaso, fué tan verdadero su pronóstico, que ántes de medio año se cumplió.

Ya me parece que oigo decir á los que huyen de la filosofia natural que todo esto es gran burla y mentira, y si por ventura fué verdad, que el demonio, como es

(3) *Cum dormiente loquitur, qui enarrat stulto sapientiam.*

(4) Este paje aún no habia sanado del todo.

sabio y sutil (permiéndolo Dios), se entró en el cuerpo de esta mujer y de los demas frenéticos que hemos dicho, y les hizo decir aquellas cosas espantosas, y á un contestar esto se les hace cuesta arriba, porque el demonio no puede saber lo que está por venir no teniendo espíritu profético. Ellos tienen por fuerte argumento decir: «Esto es falso, porque yo no entiendo cómo puede ser»; como si las cosas dificultosas y muy delicadas estuviesen sujetas á los rateros entendimientos, y de ellos se dejasen entender (1).

Yo no pretendo aquí convencer á los que tienen falta de ingenio, porque esto es trabajar en vano, sino hacerle confesar á Aristóteles que los hombres (teniendo el temperamento que sus obras han menester) pueden saber muchas cosas sin haber tenido de ellas particular sentido, ni haberlas aprendido de nadie: *Multi etiam propterea quod ille calor sedimentis in vicino est, morbis Vesaniae implicantur, aut instinctu lymphatico inferescunt; ex quo Sibillae efiuntur et Bache et omnes qui divino spiraculo instigari creduntur, cum scilicet id non morbo sed naturali intemperie accidit. Marcus, civis siracusanus, poeta etiam praestantior erat, dum mente alienaretur, et quibus nimis ille calor remissus ad mediocritatem fit, ii prorsus melancholici quidem, sed longe prudentiores.* Por estas palabras confiesa claramente Aristóteles que por calentarse demasadamente el cerebro vienen muchos hombres á conocer lo que está por venir, como son las sibilas. Lo cual dice Aristóteles que no nace por razon de la enfermedad, sino por la desigualdad del calor natural (2). Y que sea ésta la razon y causa, pruébalo claramente por un ejemplo diciendo que Marco siracusano era más delicado poeta cuando estaba (por el calor demasado del cerebro) fuera de sí, y volviéndose á templar perdía el metrílico, pero quedaba más prudente y sabio; de manera que no solamente admite Aristóteles por causa principal de estas cosas extrañas el temperamento del cerebro, pero á un reprende á los que dicen ser esto revelacion divina y no cosa natural. El primero que llamó divinidades á estas cosas maravillosas fué Hipócrates (3): *Et si quid divinum in morbis habetur illius quoque ediscere providentiam.* Por la cual sentencia manda á los médicos (4) que si los enfermos dijeren divinidades, que sepan conocer lo que son, y pronosticaren lo que han de pasar; pero lo que más me admira en este punto es, que preguntándole á Platon de dónde pueda nacer que de dos hijos de un mismo padre, el uno sepa hacer versos sin haberle nadie enseñado, y el otro trabajando en el arte

(1) Esta frenecia se causó de mucha cólera que se empapó en la sustancia del cerebro, el cual humor es muy apropiado para la poesia, y así dijo Horacio que si en el verano no hiciera evacuacion de la cólera, que ningun poeta le hiciera ventaja. (*In arte poetica.*)

(2) Las sibilas que admite la Iglesia católica tenían esta disposicion natural que dice Aristóteles, y sobre ella el espíritu profético que Dios las infundió; porque para cosa tan alta no bastaba ingenio natural, por subido que fuese.

(3) Lib. 1.º, Pro. v.

(4) Cuando los enfermos hablan estas divinidades, es señal que el ánima racional está ya desasida del cuerpo, y así ninguno escapa. En el mismo error cayó Cic., *pro Archia poeta.*

de la poesia no los puede hacer, y responde que el que nació poeta está endemoniado y el otro no. Y así tuvo razon Aristóteles de reprenderle, pudiéndolo reducir al temperamento, como otras veces lo hizo. Hablar el frenético en latin (sin haberlo en sanidad aprendido) muestra la consonancia que hace la lengua latina al ánima racional, y (como adelante probaremos) hay ingenio particular y acomodado para inventar lenguas, y son los vocablos latinos y las maneras que esta lengua tiene de hablar tan racionales en los oidos, que alzando el ánima racional el temperamento que es necesario para inventar una lengua muy elegante, luégo encuentra con ella. Y que dos inventores de lenguas puedan fingir unos mismos vocablos (teniendo el mismo ingenio y habilidad) es cosa que se dejó entender, considerando que como Dios crió á Adán y le puso todas las cosas delante, para que á cada una le pusiera el nombre con que habia de llamar, formara luégo otro hombre con la misma perfeccion y gracia sobrenatural. Pregunto yo ahora, si á éste le trajera Dios las mismas cosas para darle el nombre que habian de tener, qué tales fueran? Yo no dudo sino que acertara con los mismos de Adán, y es la razon muy clara, porque ambos habian de mirar á la naturaleza de la cosa, la cual no era más que una; de esta manera pudo el frenético encontrar con la lengua latina, y hablar en ella sin haberla en sanidad aprendido, porque desbaratándose (por la enfermedad) el temperamento natural de su cerebro, pudo hacerse por un rato como que él mismo que tenía el que inventó la lengua latina, y fingir como que los mismos vocablos (no con tanto concierto y elegancia continuada), porque esto ya parece señal de que el demonio mueve la lengua, como la Iglesia enseña á sus exorcistas. Esto mismo dice Aristóteles (5) que ha acontecido en algunos niños, que en naciendo hablan palabras expresas, y que despues tornaron á callar, y reprende á los filósofos vulgares de su tiempo, que, por ignorar la causa natural de este efecto, lo atribuyen al demonio. La razon y causa de hablar los niños luégo en naciendo, y tornar luégo á callar, jamas la pudo hallar Aristóteles, aunque dijo muchas cosas sobre ello; pero nunca le cupo en el entendimiento que fuese invencion del demonio ni efecto sobrenatural, como piensan los filósofos vulgares. Los cuales, viéndose cercados de las cosas sutiles y delicadas de la filosofia natural, hacen entender á los que poco saben que Dios ó el demonio son autores de los efectos raros y prodigiosos, cuyas causas naturales ellos no saben ni entienden. Los niños que se engendran de simiente fria y seca (como son los hijos habidos en la vejez), á muy pocos dias y meses despues de nacidos comienzan á discurrir y filosofar, porque el temperamento frio y seco (como adelante probaremos) es muy apropiado para las obras del ánima racional, y lo que habia de hacer el tiempo, los muchos dias y meses, suplió la repentina templanza del cerebro, la cual se anticipó por muchas cosas que hay para ellos. Otros niños (dice Aristóteles) (6), que

(5) 11 Sect., probl. 27.

(6) 11 Sect., probl. 27.

luégo en naciendo comenzaron á hablar, y despues callaron todo el tiempo que no tuvieron la edad ordinaria y conveniente para hablar; el cual efecto tiene la misma cuenta y razon que lo que hemos dicho del paje y de los demas maniacos y frenéticos, y de aquel que habló de repente en latin sin haberlo en sanidad aprendido. Y que los niños, estando en el vientre de su madre y luégo en naciendo, puedan padecer estas mismas enfermedades, es cosa que no se puede negar.

El adivinar de la mujer frenética, cómo pudo ser, mejor lo diera yo á entender á Ciceron que á estos filósofos naturales; porque cifrando la naturaleza del hombre, dijo de esta manera (1): *Animal providum, sagax, multiplex, astutum, memor, plenum rationis et consilii, quem vocamus hominem.* Y en particular dice que hay naturaleza de hombres que en conocer lo que está por venir hacen ventaja á otros. *Est enim vim atque naturam rationemque explicuit.*

El error de los filósofos naturales está en no considerar, como lo hizo Platon, que el hombre fué hecho á la semejanza de Dios, y que participa de su divina providencia, y que tiene potencias para conocer todas tres diferencias de tiempo: memoria para lo pasado, sentidos para lo presente, imaginacion y entendimiento para lo que está por venir. Y así como hay hombres que hacen ventaja á otros en acordarse de las cosas pasadas, y otros en conocer lo presente, así hay muchos que tienen más habilidad natural en imaginar lo que está por venir. Uno de los mayores argumentos que forzaron á Ciceron (2) para creer que el ánima racional era incorruptible, fué ver la certidumbre con que los enfermos decian lo por venir, especialmente estando cercanos á la muerte. Pero la diferencia que hay entre el espíritu profético á este ingenio natural, es que lo que dice Dios por la boca de los profetas es infalible, porque es palabra expresa suya, y lo que el hombre pronostica con las fuerzas de su imaginativa no tiene aquella certidumbre.

Los que dijeron que las virtudes y vicios que descubria la frenética á las personas que la entraban á ver era artificio del demonio, sepan que Dios da á los hombres cierta gracia sobrenatural para alcanzar y conocer qué obras son de Dios y cuáles del demonio, la cual cuenta san Pedro entre los dones divinos y la llama *discretio spirituum*, con la cual se conoce si es demonio ó algun ángel bueno el que nos viene á tocar. Porque más veces viene el demonio á engañarnos con apariencia de ángel, y es menester esta gracia y este dón sobrenatural para conocerle y diferenciarle del bueno. De este dón estarán más léjos los que no tienen ingenio para la filosofia natural; porque esta ciencia y la sobrenatural que Dios infunde caen sobre una misma potencia, que es el entendimiento; si es verdad que por la mayor parte Dios se acomoda en repartir las gracias al buen natural de cada uno, como arriba dije.

(1) De divinatione.

(2) Qui valetudinis vitio furun et melancholicis diceuntur, habent aliquid in animis praefiguras atque divinum. (Cic., *De divin.*)

Estando Jacob (3) en el artículo de la muerte (que es el tiempo donde el ánima racional está más libre para ver lo que está por venir, entraron todos sus doce hijos á verle, y á cada uno en particular les dijo sus virtudes y vicios, y profetizó lo que sobre ellos y sus descendientes habia de acontecer. Esto cierto es que lo hizo en espíritu de Dios; pero si la Escritura divina y nuestra fe no nos certificara, ¿en qué lo conocieron estos filósofos naturales que ésta era obra de Dios, y que las virtudes y vicios que la frenética decia á los que entraban á verla, lo hacia en virtud del demonio, pareciendo este caso en parte al de Jacob? Estos piensan que la naturaleza del animal racional es muy ajena de la que tiene el demonio, y que sus potencias (entendimiento y imaginativa y memoria) son de otro género muy diferente y están enseñados.

Porque si el ánima racional informa un cuerpo bien organizado, como era el de Adán, sabe muy poco menos que el más avisado diablo, y fuera del cuerpo, tiene tan delicadas potencias como él. Y si los demonios alcanzan lo que está por venir conjeturando y discurriendo por algunas señales, esto mismo puede hacer el ánima racional cuando se va librando del cuerpo, ó teniendo aquella diferencia de temperamento que hace al hombre con providencia.

Y así tan dificultoso es para el entendimiento alcanzar cómo el demonio puede saber estas delicadezas, como atribuírselas al ánima racional. A éstos no les cabe en el entendimiento que pueda haber señales en las cosas naturales para conocer por ellas lo que está por venir, y yo digo que hay indicios para alcanzar lo pasado, lo presente, y conjeturar lo que está por venir, y á un para conjeturar algunos secretos del cielo (*Ad Roman.*, cap. 1): *Invisibilia enim ipsius à creatura mundi, per ea quae facta sunt intellecta conspiciuntur.* El que tuviere potencias lo alcanzará, y el otro será tal cual dijo Homero: lo pasado entiende el necio, y no lo que está por venir; pero el avisado y discreto es la mona de Dios, que le irrita en muchas cosas, y aunque no las puede hacer con tanta perfeccion, pero todavía tiene con él alguna semejanza en rastrearle.

## CAPÍTULO VIII (4).

Donde se prueba que de solas tres calidades, calor, humedad y sequedad, salen todas las diferencias de ingenios que hay en el hombre.

Estando el ánima racional en el cuerpo, es imposible poder hacer obras contrarias y diferentes, si para cada una no tiene su instrumento particular. Vese esto claramente en la facultad animal, la cual hace varias obras en los sentidos exteriores, por tener cada uno su particular compostura. Una tiene los ojos, otra los oidos, otra el gusto, otra el olfato y otra el tacto. Y si no fuera así, no hubiera más que un género de obras, ó todo fuera ver, ó gustar, ó palpar; porque el instrumento determina y modifica la potencia para una accion y no más.

(3) Gen., cap. XLIX.

(4) Quinto de la edicion expurgada.

De esto manifiesto y claro que pasa en los sentidos exteriores podremos colegir lo que hay allá dentro en los interiores. Con esta misma virtud animal entendemos, imaginamos y nos acordamos. Pero si es verdad que cada obra requiere particular instrumento, necesariamente allá dentro en el cerebro ha de haber órgano para el entendimiento, y órgano para la imaginativa, y otro diferente para la memoria; porque si todo el cerebro estuviera organizado de una misma manera, todo fuera memoria, ó todo entendimiento, ó todo imaginación, y vemos que hay obras muy diferentes; luego forzosamente ha de haber variedad de instrumentos. Pero abierta la cabeza y hecha anatomía del cerebro, todo está compuesto de un mismo modo de sustancia homogénea y similar, sin variedad de partes heterogéneas; sólo aparecen cuatro senos pequeños, los cuales (bien mirados) todos tienen una misma composición y figura, sin haber cosa por medio en que puedan diferir.

Cuál sea el uso y aprovechamiento de ellos, y de qué sirven en la cabeza, no es fácil determinarlo; porque Galeno y los anatomistas (así modernos como antiguos) lo han procurado averiguar, y ninguno ha dicho determinadamente, ni en particular, de qué sirve el ventrículo derecho ni el izquierdo, ni el que está colocado en medio de estos dos, ni el cuarto, cuyo asiento es en el cerebro, parte postrera de la cabeza; sólo afirmaron (aunque con miedo) que estas cuatro cavidades eran las oficinas de donde se conocían los espíritus vitales, y se convierten en animales para dar sentido y movimiento á todas las partes del cuerpo. En la cual obra, una vez dijo Galeno (1) que el ventrículo de en medio tenía la primicia, y en otra parte le tornó á parecer que el postrero era de mayor eficacia y valor; pero esta doctrina no es verdadera, ni está fundada en buena filosofía natural, porque no hay dos obras en el cuerpo humano tan contrarias, ni que tanto se le impidan, como es el raciocinar y el cocer los alimentos; y es la razón, que el contemplar pide quietud, sosiego y claridad en los espíritus animales, y el cocimiento se hace con grande esfuerzo y alboroto, y se levantan de esta obra muchos vapores que enturbian y oscurecen los espíritus animales, por donde el ánima racional no puede ver las figuras. Y no era tan imprudente naturaleza, que habia de juntar en un mismo lugar dos obras que se hacen con tanta repugnancia. Antes lo grandemente Platon (*Dialogo de natura*) la prudencia y saber de que nos formó, el haber apartado el hígado del cerebro en tanta distancia, porque con el ruido que se hace (mezclando los alimentos), y con la oscuridad y tinieblas que causan los vapores en los espíritus animales, no estorbasen al ánima racional sus discursos y raciocinios. Pero sin que notara esta filosofía Platon, lo vemos cada hora por experiencia, que con estar el hígado y el estómago tan desviados del cerebro, en acabando de comer, y buen rato despues, no hay hombre que pueda estudiar.

La verdad que parece en este punto es, que el ventrículo cuarto tiene por oficio cocer y alterar los espíritus vitales, y convertir los animales para el fin que

(1) Lib. viii De decret. Hipp. et Platon et lib. viii De usu part. Lib. iv De decret. Hipp. et Platon et lib. viii De usu part.

tenemos dicho. Y por esto lo apartó naturaleza en tanta distancia de los otros tres y le hizo cerebro aparte y dividido, y tan remoto como aparece, porque con su obra no estorbaba la contemplación de los demas. Los tres ventrículos delanteros, yo no dudo sino que los hizo naturaleza para discurrir y filosofar. Lo cual se prueba claramente, porque en los grandes estudios y contemplaciones siempre duele aquella parte de la cabeza que responde á estas tres concavidades. La fuerza de este argumento se conoce considerando que, cansadas las demas potencias de hacer sus obras, siempre duelen los instrumentos con que se han ejercitado; como en el demasiado ver duelen los ojos, y del mucho andar duelen las plantas de los piés.

La dificultad está ahora en saber en cuál de estos ventrículos está el entendimiento, en cuál la memoria y en cuál la imaginativa: porque están tan juntos y vecinos, que por el argumento pasado, ni por otro ningun indicio, no se puede distinguir ni conocer. Aunque considerando que el entendimiento no puede obrar sin que la memoria esté presente, representándole las figuras y fantasmas, conforme aquello (Arist., 13, *De anima*) oportet intelligentem fantasmata speculari; ni la memoria sin que asista con ella la imaginativa (de la manera que atras lo dejamos declarado), entenderemos fácilmente que todas tres potencias están juntas en cada ventrículo, y no está sólo el entendimiento en el uno, ni sola la memoria en el otro, ni la imaginativa en el tercero, como los filósofos vulgares han pensado; esta junta de potencias se suele hacer en el cuerpo humano cuando una no puede obrar sin que otra le ayude, como parece en las cuatro virtudes naturales, *concoctrix, retentrix, tractrix, espultrix*. Y por haberse menester las unas á las otras, las juntó naturaleza en un mismo lugar, y no las dividió ni apartó.

Pero si esto es verdad, ¿á qué propósito hizo naturaleza tres ventrículos, y en cada uno de ellos juntó todas tres potencias racionales, pues sólo uno bastaba para entender y hacer actos de memoria? A esto se puede responder que la misma dificultad tiene saber por qué naturaleza hizo dos ojos y dos oídos, pues en cada uno de ellos está toda la potencia visiva y auditiva, y con sodo un ojo se puede ver. A lo cual se dice que las potencias que se ordenan para perfeccionar al animal, cuanto mayor número hay de ellas, tanto más segura está su perfección; porque puede faltar una ó dos (por alguna ocasion), y es bien que queden otras del mismo género con que obrar. En una enfermedad (que los médicos llaman resolución ó perlesia de medio lado) ordinariamente se pierde la obra de aquel ventrículo que está á la parte resuelta, y si no quedáran salvos y sin lesión los otros dos, quedaria el hombre estulto y privado de corazón; y áun con todo esto, por faltarle el un ventrículo solo, se le conoce tener gran remisión en las obras, así del entendimiento, como de la imaginativa y memoria; como sentiria menoscabo en la vista el que solia mirar con dos ojos, si le quebrásen el uno de ellos. De donde se entiende claramente que en cada ventrículo están todas tres potencias, pues de sola la lesión de uno se debilitan todas tres.

Atento, pues, que todos tres ventrículos tienen la

misma composición, y que no hay en ellos variedad ninguna de partes, no podemos dejar de tomar por instrumento las primeras calidades, y hacer tantas diferencias genéricas de ingenios, cuanto fuese el número de ellas; porque pensar que el ánima racional (estando en el cuerpo) puede obrar sin tener órgano corporal que le ayude, es contra toda la filosofía natural. Pero de cuatro calidades que hay (calor, frialdad, humedad y sequedad), todos los médicos echan fuera la frialdad por inútil para todas las obras del ánima racional, y así parece por experiencia en las demas facultades, que en subiendo sobre el calor, todas las potencias del hombre hacen torpemente sus obras: ni el estómago puede cocer el manjar, ni los testículos hacer simiente fecunda, ni los músculos menear el cuerpo, ni el cerebro raciocinar; y así dijo Galeno (1): *Frigiditas enim officiis omnibus animæ aperte incommodat*. Como si dijera: la frialdad echa á perder todas las palabras del ánima; sólo sirve en el cuerpo de templar el calor natural y hacerle que no quemé tanto; pero Aristóteles (lib. ii *De par. ani.*, cap. iv) es de contrario parecer, diciendo: *Est certe roboris efficacior sanguis, qui crassior et calidior est: vim autem sentiendi intelligendique obtinet plenior, qui tenuior atque frigidior est*. Como si dijera: la sangre gruesa y caliente hace muchas fuerzas corporales, pero la delgada y fria es causa de tener el hombre grande entendimiento, donde parece claramente que de la frialdad nace la mayor diferencia de ingenio que hay en el hombre, que es el entendimiento. También Aristóteles (14 sect., prob. 15) pregunta por qué los hombres que habitan tierras muy calientes, como es Egipto, son más ingeniosos y sabios que los que moran en lugares frios; á la cual pregunta responde que el calor demasiado de la region gasta y consume el calor natural del cerebro y le deja frio, por donde vienen á ser los hombres muy racionales; y por el contrario, la mucha frialdad del aire fortifica el calor natural del cerebro, y no le da lugar que se resuelva. Y así los muy calientes de cerebro, dice que no pueden discurrir, filosofar, ántes son inquietos y no perseverantes en una opinion. Á la cual sentencia parece que alude Galeno (lib. *Artri. medic.*, cap. xii) diciendo que á causa de ser el hombre mutable y tener cada momento su opinion, es ser caliente de cerebro; y por lo contrario, estar firme y estable en una sentencia lo hace la frialdad del cerebro. Pero la verdad es, que de esta calidad no nace ninguna diferencia de ingenio, ni Aristóteles quiso decir que la sangre fria con predominio hace mejor entendimiento, sino á lo ménos caliente; ser el hombre mutable, verdad es que nace del tener mucho calor, el cual levanta las figuras que están en el cerebro, y las hace bullir; por la cual obra se le representan al ánima muchas imágenes de cosas que la convidan á su contemplación, y por gozar de todas deja unas y toma otras. Al reves acontece en la frialdad, que por comprimir las figuras y no dejarlas levantar, hace al hombre firme en una opinion, y es porque no se le representa otra que lo llame. Esto tiene la frialdad, que

(1) Lib. Quod animi mores, cap. v.

impide los movimientos, no solamente de las cosas corporales, pero áun las figuras y especies, que dicen los filósofos ser espirituales, las hace inmóviles en el cerebro, y ésta firmeza ántes parece torpeza que diferencia de habilidad. Verdad es que hay otra diferencia de firmeza, que nace de estar el entendimiento muy concluido, y no por tener frio el cerebro; quedan, pues, la sequedad, humedad y calor por instrumento de la facultad racional. Pero ningun filósofo sabe determinadamente dar á cada diferencia de ingenio la suya. Heráclito dijo (*Dialogo de natura*): *Splendor siccus animus sapientissimus?* (Refiérello Galeno, lib. *Quod animi mores*, cap. v.) Por la cual sentencia nos dá á entender que la sequedad es causa de ser el hombre muy sabio, pero no declaró en qué género de saber. Lo mismo entendió Platon cuando dijo que nuestra ánima vino al cuerpo sapientísima, y por la mucha humedad que halló en él, se hizo torpe y necia, pero gastándose con el discurso de la edad, y adquiriendo sequedad, descubre el saber que ántes tenía (2). Entre los brutos animales, dice Aristóteles, aquellos son más prudentes que en su temperamento tienen más frialdad y sequedad, como son las hormigas y abejas, las cuales en prudencia compiten con los hombres muy racionales. Fuera de esto, ningun animal bruto hay tan húmedo como es el puerco, ni de ménos ingenio; y así un poeta que se llama Pindaro, para motejar á la gente de Beocia de necia, dijo de esta manera: *Dicta fuit suæ gens Bæotia vecors*.

También la sangre, por la mucha humedad, dice Galeno (Lib. *Quod animi mores*, cap. vi) que hace los hombres simples. Y de tales, cuenta el mismo Galeno (Lib. i *De natura hum.*, com. xi) que motejaban los cómicos á los hijos de Hipócrates diciéndoles que tenían mucho calor natural, que es una sustancia húmeda y muy vaporosa. Este trabajo han de tener los hijos de los hombres sabios; adelante diré la razón y causa en que consiste. También en los cuatro humores que tenemos, ninguno hay tan frio y seco como la melancolía; y todos cuantos hombres señalados en letras ha habido en el mundo, dice Aristóteles (30 sect., prob. 4) que fueron melancólicos. Finalmente, todos convienen que la sequedad hace al hombre muy sabio; pero no declaran á cuál de las potencias racionales ayuda más; sólo el profeta Isaias (cap. xxviii) le puso nombre cuando dijo: *Vexatio dat intellectum*. Porque la tristeza y aflicción gasta y consume, no solamente la humedad del cerebro, pero los huesos deseca, con la cual calidad se hace el entendimiento más agudo y perspicaz. De lo cual se puede hacer evidente demostración, considerando muchos hombres que puestos en pobreza y aflicción vinieron á decir y escribir sentencias dignas de admiración, y venidos despues á próspera fortuna, á buen comer y beber, no acertaron á hablar, porque la vida regalada, el contento y el buen suceso, y hacerse todas las cosas á su voluntad, relaja y humedece el cerebro, que es lo que dijo Hipócrates (*Epidem.*, 3, com. 9): *Gaudium relaxat cor*. Como si dijera: el contento y alegría ensancha

(2) Para decir Homero que Ulises no se hizo necio, lo figura por no haberse convertido en puerco.